BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

EN LA CONFIANZA ESTA EL PELIGRO.

Comedia original en dos actos y en verso, por D. Braulio A. Ramirez, *representada por primera vez en el teatro de Variedades el año de* 1844.

PERSONAGES.

La Marquesa.
Doña Ines, *su hija.*
Clara, *doncella de la marquesa.*
D. Alberto, *abogado.*
El Vizconde.
D. Blas, *comerciante rico.*
Un Criado.

La escena es en Madrid en casa de la marquesa. —Gabinete con puerta en el fondo, y dos laterales:—Entre varios muebles, un tocador y bastidor de bordar.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

La Marquesa y Clara *acabando de arreglarla el peinado.—Sobre el tocador, varias flores de mano; entre ellas algun jazmin y violetas.*

Marq. Ay! por Dios, despacio Clara
que me partes la cabeza....
ay! ay! ay! me martirizas!
Cla. ¿Otra vez?
Marq. Jesus! qué pena!
Vaya, Clara no prosigas,
¡me consumes la paciencia!
Cla. ¿Pongo á usted algun adorno?
Marq. Esas son preguntas necias.
¿Quièn ha visto un solo dia
sin adornar mi cabeza?
Cla. Por variar, no fuera malo
se quedara asi.
Marq. ¡Qué terca!
No por cierto, á mas que ahora
me hallo en vísperas de suegra,
y es preciso que Don Blas
no me encuentre descompuesta.
Cla. ¿Quiere usted á Don Blas por yerno?
Marq. ¿Si le quiero? Y muy de veras:
qué, te estraña? ¿No es mi hija
mas digna de él que cualquiera?
Cla. Si señora, no lo dudo;
y Don Blas, es digno de ella?
Marq. ¿Y por qué no lo ha de ser?
Es buen hombre, tiene haciendas,
no es mezquino, y la ama mucho.
Cla. ¿Y quién sabe si es de veras?
Marq. ¡Ay, qué flor! No me la pongas,
quita, quita, que es muy fea.
Cla. ¿Quiere usted clavél, ó rosa?
Marq. Ponme alguna violeta.
Cla. ¿Y tendrá usted corazon
para hacerlo? ¡Qué dureza!
¡Pobrecilla señorita!
Casi puede ser su nieta.
Marq. ¿Y què importan las edades
cuando median las pesetas?
¡Ay Jesus! qué mal asiento
hacen hoy las flores estas.
Cla. Las he puesto como siempre.
Marq. Hum! mal haya tu torpeza!
Màrchate y di al Criado
disponga la carretela.

Cla. Está bien: voy al momento.
(¡Dios me libre de estas viejas!)

ESCENA II.

La Marquesa: *luego un Criado.*

Marq. ¡Qué desgracia y qué fastidio
cuando sirve una doncella
de habilidad tan escasa!
Vaya, asi, ya estoy compuesta
sin temor que llegue alguno
y vistiendo me sorprenda.
Está bien este conjunto
de jazmin y de violetas.
Criado. El señor Don Blas Medina
quiere ver á la marquesa.
Marq. Pues que pase cuando guste,
y jamás se le detenga.

ESCENA III.

La Marquesa, D. Blas, *luego el* Criado.

Marq. Pase usted, señor Don Blas.
Blas. A los pies de usted, marquesa.
Marq. ¿Cómo ha ido?
Blas. Bien, ¿y usted?
Marq. Los dolores de jaqueca
no me dejan un momento.
Blas. ¿Y Inesita?
Marq. Siempre buena.
aun no la he visto hoy.
Blas. Supongo
que usted, mi amada marquesa,
la habrá hecho sabedora
de mi objeto... de mis prendas...
Marq. Por supuesto, amigo mio;
ya debe tener sospechas:
no ignora que usted la quiere,
y ademas, mis indirectas
á conocer la habrán dado
el objeto de mi empresa.
Blas. ¿Pero usted no reflexiona
que no bastan indirectas?
Es preciso, amiga mia,
que ya que usted se interesa
por mi con tanto desvelo,
la persuada y la convenza
de que la amo con delirio
y que mi intencion lo prueba.
Es verdad que las edades
muy poquísimo concuerdan,
porque Inés tendrá á lo sumo
diez y ocho primaveras,
á la vez que yo he rayado
en algo mas de cincuenta:
pero en cambio la idolatro,
y de todas mis riquezas
la hago dueño en el momento
que su mano me conceda.
Marq. No, Don Blas, no soy avara:
no el que ofrezca usted riquezas
me decide á protejerle;
sé que la ama usted de veras,
y es sobrada circunstancia.
¿Tiene usted muchas haciendas?
Blas. Las haciendas... son las menos:
Sin embargo, esta cosecha
ha importado... diez mil duros.
Marq. Esa si que es buena renta.
Blas. Tengo á mas dos bergantines
y otras dos ó tres goletas.
Marq. Vea usted, sin ser marqués,
tiene usted mucha mas renta
que otros condes y vizcondes...
y que yo, con ser marquesa.
Mas no crea usted por esto
que siempre me ha sido adversa
la fortuna; no Don Blas,
no debo estár de queja.
Hace seis años, ¡qué lujo!
¡qué casa! ¡qué carretelas!
Vamos, el *non plus ultra*
era yo de las marquesas.
Pero despues los azares
que traen siempre las guerras,
y ya se vé... tantos gastos...
siendo algo escasas las rentas,
disminuyen sin remedio
el lujo y magnificencia
de las casas. A mas de esto,
como estaba tan agena
de los cuidados domésticos
cuando vivia Contreras,
derroché como una niña
mi caudal en bagatelas.
Mas ya se pasó aquel tiempo,
y cual muger de esperiencia,
solo destino mis dias
á reparar tantas pérdidas.
Yo á los teatros renuncio
aunque dramas y comedias,
confieso á fuer de sensible
que me agradan y deleitan.
Las tertulias no frecuento
donde reyna la etiqueta,
y con vida tan metódica
tan pacífica y austera,
las gentes no me critican
y estoy como una princesa:
Blas. Resignacion tan laudable,
es propia de una discreta
que conoce los engaños
de esta vida pasagera.
Nuestras almas simpatizan,
y es de creer que Inés bella,
no degenere en un ápice
de esa virtud y nobleza.
Asi lo juzgo, señora,
y esta esperanza que alienta
la fiel proteccion de usted,
me hace ansiar con impaciencia
el momento en que Inesita...
Marq. Descuide usted.
Blas. Bien, Marquesa.

Criado. Ya señora, el carruaje
esperando está á la puerta.
Marq. Voy allá! Señor Don Blas
trato á usted sin etiqueta.
Blas. Es decir que marcha usted?
Marq. Voy á ciertas diligencias:
si usted quiere acompañarme,
honrará mi carretela.
Blas. Ah Señora! Yendo usted
yo seré el honrado en ella.

ESCENA IV.

Ines *por la izquierda.*

Mamá! Mamá!... No está aqui.
¿Posible es que haya marchado
sin haberme saludado?
Pero... mas me vale asi.
Porque si no volveria
con su tema á fastidiarme,
sin que pudiera librarme
de escucharla todo el dia.
Es mucha su pesadez:
que sea ó no de mi gusto,
querer casarme! ¿esto es justo?
¡reniego de su sandez!
Gracias que yo lo desprecio
y tal empeño es en vano,
pues no reservo mi mano
para un capricho tan necio.
A más, si no ha pretendido
nadie ahora ser mi esposo,
¿á qué ese afan bochornoso
de rebuscarme un marido?
Pues qué, son tantas mis penas?
¡Yo un esposo mendigado!
¿Yo, que siempre he despreciado
los amantes á docenas?
Primero dejé el marqués,
el capitan fué el segundo,
el tercero Don Facundo
y Don Cándido despues.
Le siguió... si, luego Antonio,
ya me olvido de sus nombres.
¿Digo, eh? si sobran hombres
para hacer un matrimonio.
Y siendo asi, será justo,
porque mamá lo suplique,
que yo misma sacrifique
mi libertad y mi gusto?
Eso no, porque es ridículo
y en estremo vergonzoso,
el mendigar un esposo
á la heredera de un título.

ESCENA V.

Ines y Clara *con una carta.*

Ines. Ola, Clara.
Cla. Señorita
¿está usted sola?
Ines. ¿Por qué?
Cla. Porque entonces daré á usté
del vizconde esta esquelita.
Ines. ¿Del vizconde?
Cla. Si señora.
Ines. ¡Cielo santo! Que alegria!
Cla. Me dijo que volveria
en pasando media hora.
Ines. ¡Ah necia! Y no lo crei
cuando anoche en la tertulia
me dijo mi amiga Julia
que estaba muerto por mi!
(*Lee la carta.*)
Cla. (Adios con cuatro mil santos,
ya se olvidó de Ruperto,
y del marqués, y de Alberto,
¿cómo ha de querer á tantos?)
Ines. ¡Què elegancia! ¡qué talento!
¿Se pasó la media hora?
Cla. ¿Si se pasó? No señora,
me la ha dado hace un momento.
Ines. ¡Dichosa yo á quien se humilla
un galan tan envidiado!
(*suena en el interior una campanilla.*)
Pero... Clara, ¿no han llamado?
Cla, Si; tocó la campanilla.
Ines. ¿Si será?
Cla. A saberlo voy;
¿pero qué veo? ¿No es cierto?
Señorita es Don Alberto.
Ines. Alberto! (Temblando estoy!
¡Si los dos se hallan aqui!...
Mas... yo me disculparè;
que me importuna diré,
y concluiremos asi.)

ESCENA VI.

Ines, Alberto.

Alb. Inesita... tengo el gusto
de ponerme á vuestros pies.
Ines. Bien venido, caballero.
Alb. Yo me doy el parabien
de que os digneis recibirme
en momento que tal vez
para tareas del sexo
emplear necesiteis:
pero es preciso, Inesita,
hace dos dias ó tres,
que hablaros un solo instante
deseo con avidez.
(*se sientan.*)
Antes de todo, querida,
os ruego que me escucheis
Ines. Ya os escucho.
Alb. Creo inutil
confesaros otra vez,
que mi placida esperanza
y mi ventura tambien
solo en amaros la encuentro;
demasiado lo sabeis.
Ines. De vuestra boca á lo menos

muchas veces lo escuché.
ALB. Pudisteis quizá dudarlo?
INES. Y con justicia tal vez.
ALB. Inés, ¿os estais mufando?
INES. No por cierto á fé de Inés.
Pero esto no es para ahora.
Proseguid, ¿qué me quereis?
ALB. Ah! no pasaré adelante
si no me decis por qué
teneis de mi esa sospecha,
que es un veneno cruel
para quien tiene la dicha
de amaros con tanta fé.
INES. Basta, basta, que me ofende
tanto mentir conoced,
ALB. ¿Mentir, Señora? ¿Mentir
quien viene aqui á pretender
juraros al pié del ara
su eterno amor?
INES. ¿Aun quereis,
hombre falaz, reducirme
á que os crea? Inutil es.
Desistid de vuestro empeño
que temerario es á fé,
y nunca volvais á hablarme
de ese amor que encareceis.
ALB. ¿Ignorais, bella Inesita,
que vuestra injusta esquivez,
mi tierno y amante pecho
está llenando de hiel?
INES. En fin, Alberto, yo aprecio
tanto amor, pero sabed
que otro mas digno y sublime
ha venido á oscurecer
la amistad, que aunque sencilla,
en un tiempo os dispensé,
pues á mi elevada cuna
no debeis desconocer
que le cuadra mas un título
que no la toga de un juez.
Con reflexion tan pequeña
os debisteis contener,
al remontar vuestro orgullo
donde subir no podeis.
ALB. Señorita..... perdonadme,
si os he podido ofender,
al declarar la pasion
que tanto tiempo callé,
temiendo que os ofendiera
con mi osadia tal vez.
No desconozco, señora,
que á mas aspirar debeis
que á mi mano, pero yo
que jamás me figuré
tuvierais por un desdoro
á mi amor corresponder;
llevo en mi pecho grabado
el sentimiento cruel,
de no poder ofreceros
mas fortuna ni otro bien
que mi amor, y un nombre honrado;
señora... os beso los pies.

ESCENA VII.

INES, *luego un* CRIADO.

Por fin ya tuvo término
su charla fastidiosa:
¡que fuera yo su esposa!
¡Qué necia pretension!
La que es dueña de un título
unirse á un abogado?
Sin duda está tocado
de alguna frenesí.
¿Qué importa que solícito
me diga que me adora,
si su amor me desdora,
y me averguenzo de él?
Eh! vaya con su mérito
y sus prosopopeyas,
á amar á las plebeyas
que apreciarán su amor,
y déjeme pacífica
gozar de la ventura,
que el cielo me asegura
y halaga al corazon.
Sí, sí, mi amor y mi ídolo
será siempre el Vizconde;
y si él me corresponde
¿podré ser mas feliz?
Oh! no, yo Dios benéfico
me doy mil parabienes,
pues me prodigas bienes
que nunca merecí.
CRIADO. Señora...
INES. ¿Que hay, Hermójenes.
CRIADO. En la sala de afuera
un caballero espera
y quiere hablar á usted.
INES. Que pase.
CRIADO. Bien.
INES. El júbilo
atónita me tiene.
CRIADO. Que pase usted.
INES. ¡Ya viene!
¡Oh dicha! ¡séme fiel!

ESCENA VIII.

INES, EL VIZCONDE.

VIZC. Feliz, bella Inesita,
el hombre á quien dichoso
á vuestras plantas tierno y humildoso
amor le precipita.
INES. Muy bien venido sea
el tímido galan, cuya mesura
mi aprecio y beneplácito asegura.
VIZC. Tanta, bondad, señora, me enloquece.
¿Por dicha recibisteis...
INES. Si, vizconde,
he visto vuestra carta,
y en ella mil lisonjas
que mi persona humilde no merece.
VIZC. ¿Posible es que mi pluma

haya logrado exajerar, señora,
vuestra faz seductora;
ese rostro divino
y cuello alabastrino;
esos rasgados ojos cuyas luces
alumbran mi tristura;
la rubia cabellera
que oprime levemente la sien pura;
los labios de balsámicos olores
que roban á la grana sus colores;
el magestoso talle
que ondula muellemente cual la palma;
y por último, el alma
que tierna y candorosa
las gracias cumple de la mas hermosa?

INES. Galante sois, vizconde, por mi vida.

VIZC. Quisiera, Inés querida,
la dulzura espresar qué aqui en mi pecho,
en amores deshecho,
siento á la vez que el alma consumida
por triste asoladora desconfianza.
Si un rayo de esperanza
haceis que me ilumine,
mi dicha colmareis y mi ventura.
Oh! sí, bella Inesita, yo os demando
en nombre de ese cielo
que nos está mirando,
una esperanza solo, algun consuelo
que calme ó dulcifique mi desvelo.

INES. Rigor, vizconde, fuera
si ingrata despreciara
ó sorda desoyera
el grato acento que mi calma altera.

VIZC. Oh! ¿soy angel de amor, tan venturoso
que no os enoja mi querer? ¿Acaso
seré por mi fortuna tan dichoso
que aprecieis la pasion en que me abraso?
Ah hermosa! Por piedad, una palabra
pues solo vuestro amor mi dicha labra.

INES. Vizconde, tal os ciega
vuestra pasion vehemente,
que no mirais que á mis oidos llega
por vez primera vuestro amor.

VIZC. Señora,
confieso que hasta ahora
jamás pudo mi labio
pintaros la pasion que me devora.
Mas si esto no es agravio,
y al mio vuestro amor me corresponde,
por la fé de vizconde
os juro, y por lo que hay mas verdadero,
que os amo como cumple á un caballero.

INES. Tal os juzgué, vizconde, y no me pesa,
pues de hoy vuestra amistad mas me interesa.

VIZC. Tanta fortuna, Inés, parece un sueño
que de ilusiones plácidas me embarga.
¿Es cierto que me amais?

INES. Y que sois dueño
de una alma cariñosa, tierna y pura
que nunca olvidar sabe lo que jura.

VIZC. Dios mio! tanta gloria
mi dicha labrará: tanta ventura
paréceme ilusoria.
Bendito veces mil el almo cielo
que tales bienes sobre mi derrama.
Bendito sea el angel de consuelo
que en mi pecho encendió de amor la llama,
y pues que vos me amais con tal vehemencia,
desde ahora disponed de mi existencia.

INES. Loor á mi destino
que de mi bien sediento,
por mi fortuna codicioso vela;
mas... cielos!... escuchad la carretela.
¡Si os viera mi mamá!

VIZC. Fatal momento!

INES. Marchad pronto, vizconde.

VIZC. Inés... ¿Pero por dónde?

INES. Salid por esta puerta,
y abajo encontrareis otra que abierta
os llevará á la calle.

VIZC. Adios, luz de mis ojos,
tuyo es mi corazon mientras que viva.

INES. Y yo mientras respire, tu cautiva.

ESCENA IX.

INES, *sentándose á bordar.*

Fatal casualidad! Mas se ha salvado,
y no me importa ya que haya llegado.
¡Dios mio, qué fortuna!
¡Yo verme tan querida
cual no se vió otra alguna
del bien favorecida!
Oh! tanto honor que al apojeo toca,
me engrie, me engrandece y vuelve loca.

ESCENA X.

INES, LA MARQUESA.

MARQ. Ola, Inés.

INES. Adios mamá.

MARQ. ¿Hace mucho que has salido
de tu cuarto?

INES. No; un momento,
mientras he hecho este ramito.

MARQ. Bien... me gusta.

INES. ¿Y tú has paseado?

MARQ. Sí, bastante.

INES. ¿Dónde has ido?

MARQ. He ido á ver á la Condesa
y de paso á su sobrino.

INES. Qué tal se halla? Vá mejor?

MARQ. Sí, ya advierte algun alivio;
y despues, como Don Blas
se ha empeñado en ir conmigo,
por el gusto de pasearnos,
hemos ido hasta el Retiro.

INES. ¿Con Don Blas?

MARQ. Sí, con Don Blas.
Qué, te estraña?

INES. ¿Cómo ha sido?

MARQ. Ofreciendo acompañarme
y aceptando.

INES. ¿Qué te ha dicho?

Marq. ¿Qué me ha dicho? Tantas cosas
que de tantas ya me olvido.
Ines. Sobre qué?
Marq. De sus amores.
Ines. ¿Tiene amores?
Marq. Perdidísimo.
Ines. Ja, ja, ja; quizás pretenda
ser tu esposo el pobrecillo.
Marq. ¿Y eso, qué? ¿No cumpliria
los deberes de marido?
Ines. Sí, mamá.
Marq. Como te ries...!
Ines. Con reirme nada digo.
Anda, cásate mamá,
dame un dia divertido.
Marq. ¿Yo casarme? Ay Jesus!
Aunque no tuviera juicio;
eso es bueno para tí.
Ines. Para mí! ¡Vaya un capricho!
¿Todavia estás con eso?
Marq. Y estaré siempre lo mismo
si tú sigues tan remisa.
Ines. Y ese afan tan decidi do
¿de qué nace?
Marq. Escucha, Inés,
bien conozco que te privo
de tus gustos con casarte,
pero siendo un hombre rico,
que te adore y satisfagan
sus riquezas tus caprichos,
¿qué mas puedes desear?
A mas, el vivir conmigo,
yo bien conozco, hija mia,
que es un contínuo martirio:
una vez con mis achaques
y otra vez con mis suspiros;
la verdad, ni un solo instante
libre de pesares vivo.
¡No era asi cuando existia
el difunto mi marido!
Ines. Vaya, olvida tal recuerdo:
¿y cuál es el individuo
por quien tanto te interesas?
¿por quién muestras tanto ahinco?
Marq. Calla! Qué? ¿No lo adivinas?
Ines. No por cierto; un hombre rico,
de tan bellas circunstancias,
y que me ame cual has dicho,
no adivino quién ser pueda.
Marq. ¿Con que nunca has conocido
que Don Blas Medina y Robles
te ama tanto?
Ines ¡Jesucristo!
¿Pero dí, me hablas de veras?
Marq. Tan de veras que lo digo.
Ines. ¡Yo casarme con ese hombre!
¿Y lo habias consentido?
Marq. ¿Y por qué no, si me consta
que te adora con delirio?
Ines. ¿Sabes tú si yo le quiero?
Marq. No lo sé, pero imajino
que será muy de tu gusto
cuando sepas que es del mio.
Ines. ¿Y por fuerza han de tener
madre é hija un gusto mismo?
No, jamás, jamás consientas
semejante desatino.
¡Yo casarme con Don Blas!
¡Virgen Santa, que martirio!
Con un hombre ya tan viejo!
¡Me estremezco al proferirlo!
Marq. Pues no tiene tantos años,
aun le llevo cuatro ó ninco.
Ines. ¿Te parece que son pocos?
No por Dios, yo te suplico
que me dejes como estoy.
Marq. Pero siendo un hombre rico,
tan honrado, tan amable.....
Ines. Que Papá puede ser mio.
Marq. ¿Quién repara en las edades?
Así es hombre de mas juicio.
Vaya Inés, no seas terca
ni repares en pelillos;
es preciso que te cases
pues lo tengo prometido.
Ines. Oh!... mamá, pero me quieres
exijir un sacrificio
que detesto? ¿No conoces
que yo nunca le he querido
ni podrá, por mas que él haga
adquirirse mi cariño?
Marq. No seas tonta, le querrás
cuando sea tu marido.
Ines. En vano es que te molestes,
no me gusta, ya lo he dicho.
Marq. ¿Dás lugar á que me enfade?
Ines. ¿Quieres darle á un suicidio?
Marq. ¡Hija indómita!
Ines. Mamá!
¿Te domina algun delirio?
Marq. Esto, Inés, ya es demasiado
y no debo consentirlo,
ó te casas con Don Blas...
ó no cuentes mas conmigo.
Ines. ¡Es posible que una madre
sacrifique así á sus hijos!....
Marq. Pero hija, si es por tí,
por tu bien, no por el mio.
Ines. Oh!... si al menos fuera un joven,
yo diria... me resigno
por dar gusto á mi mamá:
pero un viejo ya, Dios mio!
Marq. ¿Te parece que hoy abundan
tanto tanto los maridos,
para hacer desprecio á un hombre
tan amante cuanto rico?
Ines. No, mamá, los intereses
no me mueven lo mas mínimo:
dame un hombre para esposo
que sea joven y no rico,
que me ame, y yo le quiera,
y es asunto concluido.
Marq. Mas en dónde está ese joven?
Ines. Pero qué? No hay infinitos
que á mi mano han aspirado?
Marq. Nada de eso tú me has dicho.

INES. Es verdad, por no enfadarte
nunca quise descubrirlo,
pero ya que tú deseas
que me case, yo me obligo
á elegir y proponerte
un esposo de mí digno.
MARQ. ¿Y las rentas de Don Blas
las tendrán tus elejidos?
INES. Es verdad, no las tendrán,
pero en cambio su cariño
valdrá mas que los tesoros
de Don Blas, yo te lo afirmo.
MARQ. Con que vamos, Inesita,
no me dices quién ha sido
ese joven pretendiente?
INES. Hé dicho ya que infinitos,
pero hay uno sobre todos
muy galante, y que imajino
será tal vez quien merezca
ser por ambas preferido.
Es bello mozo, elegante,
lleva por nombre un gran título,
y en fin, lo que mas aprecio,
es que me ama con delirio.
Con que asi, no te impacientes
y desecha ese capricho,
que mi existencia abreviára
si yo llegase á cumplirlo.
A Dios mamá, yo te dejo,
estos momentos son mios,
si deseas ver postrado
á tus plantas mi elejido.
MARQ. Sea en buena hora, Inesita,
veremos si es como hás dicho.
INES. Voyme pues, mamà querida
en alas del regocijo,
y aun antes de media hora,
tendré un esposo y un título.

ESCENA XI.

LA MARQUESA, *luego* CLARA.

Eso es! Las ilusiones!
¡Pobre muchacha! Ella el brillo,
la ficcion y juventud,
es lo que ama con delirio.
Proponiéndola otra cosa,
todo, todo es sacrificio.
¡Que oposicion tan abierta
á Don Blas! ¡Y el pobrecito
la ama tanto!... Ya se vé,
si algun jóven la ha querido,
no me estraña, mas... que necia!
Despreciar á hombre tan rico
porque tenga muchos años,
siendo el oro en este siglo
el honor mas respetado
y aun el bien mas positivo!
¿Quién será su pretendiente?...
Imposible es inferirlo.
Pero en fin, sea el que quiera
yo á casarla me decido.
¿Y á Don Blas cuando me exija
la respuesta, qué le digo?
¡O qué lástima! escaparse
nada mas por un capricho
un sugeto millonario
con cuatro ó cinco navios!...
Mas... ocúrreme una idea...
Oh!... Pudiendo conseguirlo...
¿Quién me habia de toser?...
Pero cá!... Si es un delirio!...
CLA. El Señor Don Blas espera.
MARQ. A propósito ha venido;
pues que pase allá, á la sala,
que al instante voy, tranquilo
aguardará la respuesta,
¡ Pobre hombre! ¡le asesino!

ESCENA XII.

LA MARQUESA, DON ALBERTO.

MARQ. Ah! Don Alberto!
ALB. Señora!...
á vuestras plantas rendido
humilde perdon os pido,
si en tan importuna hora
he penetrado atrevido.
MARQ. Don Alberto... sois muy dueño
de honrar con vuestra presencia
mi casa, en inteligencia
que es un favor no pequeño
que admito con complacencia.
ALB. Tal vez, Señora, imprudente
califiqueis mi venida,
y aun quizá veré perdida
la proteccion indulgente
con que ese labio convida.
MARQ. No creo yo, Don Alberto,
que exaspereis mi furor
á tal estremo, y no acierto...
¿Pensais pedirme un favor
y temeis que...
ALB. Sí por cierto.
MARQ. Me estraña tal desconfianza:
¿dudais pues de mi amistad?
ALB. Oh! no, mas mi confianza
es poca, y ni una esperanza
me anima á creer...
MARQ. Hablad.
ALB. Ya que me haceis ese honor,
empezaré mi querella
quejándome de mi estrella.
MARQ. ¿Pues en que os falta?
ALB. En amor.
MARQ. ¿Y á quién amais?
ALB. A Inés bella.
MARQ. ¿Inés? (¡Qué presentimiento!)
¿La habeis hablado?
ALB. Señora,
tal vez no haga media hora
en este mismo aposento.
MARQ. Y qué?
ALB. Mi amor la desdora.

Marq. ¿Que la desdora? Qué necia!
Pues pudiera hallar otro hombre
mas digno que...
Alb. No os asombre;
sí, Marquesa, me desprecia
mas que por mí por el nombre.
Marq. ¿Por el nombre? No os entiendo.
Alb. Aunque os parezca ridículo,
os diré lo que comprendo;
Inés no amará no siendo
á quien acompañe un título.
Marq. (Vamos, no es él!) Qué aprension!
¿No es indigna tal rareza
de una buena discrecion?
¿A qué en el nombre nobleza
si la hay en el corazon?
Alb. Oh! vuestra amabilidad
acrecienta mi esperanza.
Marq. Pero no su voluntad
forzaré.
Alb. Mas la amistad
puede inclinar la balanza.
Y puesto que generosa
me dispensais tal favor,
Señora, tengo el honor
de pediros por esposa
al objeto de mi amor.
Marq. Pero no acabais, Alberto,
de decir que la desdora
que la ameis?
Alb. Oh! si Señora,
pero por mi dicha, es cierto
que esta novedad ignora.
(*Da un papel á la Marquesa, y esta lee.*)
Marq. La Reina nombra... qué leo?
Con que Alberto, segun veo
vais de Consul al Brasil?
Alb. Ciertamente.
Marq. Yo os doy mil
parabienes, y os deseo...
Alb. Vuestra fina voluntad
aprecio mucho, Marquesa,
mas hoy cifro mi ansiedad
en que hableis con claridad
de lo que mas me interesa.
Marq. Alberto, no hallo muy justo
que asi en vos desconfieis.
Alb. Hasta ahora, ya lo veis
que hay razon. Por si un disgusto
con tiempo salvar quereis,
confesaré, aunque os asombre,
que con impura amistad
la está engañando hoy un hombre.
Marq. ¿Qué me decis?
Alb. La verdad.
Marq. Dios mio! Decid su nombre.
Alb. Eso no, por vida mia,
bastante hice revelando...
Mar. ¡Santo Dios! ¡Qué villania!
Alb. De esa infame groseria
se vá el traidor alabando.
Marq. ¿Pero no direis...
Alb. Repito
que ya revelé el delito,
pero nunca al delincuente.
Marq. ¡O criatura inocente!
¡Que crímen tan inaudito!
¡Que edad tan desenfrenada!
Ya no puede resistirse!
¡Que juventud tan malvada!
Criado. Si estais, Señora, ocupada, (*sale.*)
quiere Don Blas despedirse.
Marq. Ay! es verdad! me olvidé
de que me espera Don Blas.
Don Alberto... volveré.
Alb. Señora... no hay para qué
sino os ocurre algo mas.
Marq. Nada, Alberto.
Alb. Pues estoy
á vuestras plantas, Señora.
Marq. Ya sabeis que desde hoy...
Alb. Oh! sí Marquesa.
Marq. Que soy
vuestra amiga y protectora.

ESCENA XIII.

Alberto.

Ya Inés con tu madre cuento:
por cada desprecio, ciento
he de darte,
y no he de quedar contento
hasta lograr humillarte.
Supuesto que es débil planta
que torcida se lebanta,
yo celoso
la he de hacer buena y santa
á fé de Alberto Reynoso.
Pero antes que llegue el dia
que pueda llamarse mia,
la aseguro
que su necia altaneria
la ha de pesar. Oh! lo juro!
Pues no he de estar satisfecho
hasta verla á su despecho
bien sujeta,
y decir, mereces lo hecho
por orgullosa y coqueta.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Clara.

¡Ya era tiempo que un instante
nos dejáran! Santo Dios!
¡qué faena todo el dia!
¡de verlo aturdida estoy!
Por una parte la vieja

con su genio de Neron,
á la infeliz Señorita
la trata mucho peor
que una madrastra lo hiciera.
Por otra ese viejo huron
que no sé quien lo ha traido,
y todo el dia de Dios
se lo pasa acompañando
al ama, que á lo mejor
con él vá en la carretela
sin maldita la aprension.
Por otra el pobre Vizconde
que apenas alumbra el sol,
ya me está haciendo señitas
con sus billetes de amor.
Por otra... ¿Pero qué digo,
si es todo una confusion
que ni el diablo esplicaría
segun lo que viendo estoy?
¿Para quién será la carta
que hace un momento me dió
mi Señorita?... ¿Qué asunto
puede ocupar á los dos,
á mi Señora y al viejo,
que há una hora de reló
que estan á solas hablando?
Estas cosas son por hoy
las que mi interés escitan,
y juro por San Melchor,
que habré de saberlas pronto:
ó soy mañosa ó no soy.
La Señorita aquí viene,
aprovecho la ocasion.

ESCENA II.

INES, CLARA.

INES. Adios Clara.
CLA. Señorita
¿está usted triste?
INES. No por Dios,
pues solo tengo motivo
para ahuyentar el dolor,
destruir todas mis penas,
ensanchar el corazon,
y los pesares ahogando
dar rienda suelta al amor.
CLA. ¿Que dice usted?
INES. Que ahora mismo
á fijar mi suerte voy,
dando mi mano al Vizconde
á quien espero.
CLA. ¡Gran Dios!
vá usté á casarse?
INES. Muy pronto,
tan pronto, que tal vez hoy
se arreglen nuestros contratos.
CLA. ¡Brillante resolucion!
¿Tal prisa corre?
INES. No mucha,
pero esto siempre es mejor
hacerlo como se piensa,
y por mí, dispuesta estoy
mejor que á hacerlo mañana,
esta noche á la oracion.
CLA. Perfectamente; mas dudo
que á un enlace tan precoz
mi Señora la Marquesa
quiera dar su aprobacion.
INES. No lo dudes, Clara mia:
yo te juro por quien soy,
que he de quedar Vizcondesa
antes de un dia ó de dos.
Mira, vete, vete pronto;
colócate en el balcon,
y avísame cuando venga.
CLA. Así lo haré.
INES. Dá una voz
si acaso no tienes tiempo
de avisar.
CLA. Corriendo voy.

ESCENA III.

INES *luego un* CRIADO.

Ya llegará por momentos
el Vizconde; quiera Dios
que el billete que le he escrito
pueda ver sin detencion.
Qué placer cuando le diga
yo Vizconde, vuestro amor
recompenso de este modo,
oh! me late el corazon
al pensarlo; que dichosa!
nunca fuí tanto como hoy.
¡Vizcondesa yo! Dios mio!
¡Que feliz con tanto honor!
¿Y qué fuera con Don Blas?
Rica, y qué? Quiero eso yo?
Una dama comerciante
dónde llama la atencion?
Y ademas, ¿cómo ha de amarme
si el objeto de su amor
son sus naves, sus haciendas,
y es el oro su ambicion?
Y luego, siendo tan viejo
¡qué martirio tan atroz!
Ah! primero he de quedarme
tan soltera como estoy.
CRIADO. Señorita... el caballero
que la esquela recibió
vuestras órdenes aguarda.
INES. Pues que pase. ¡Santo Dios!
te suplico que un momento
des ánimo al corazon.

ESCENA IV.

INES, EL VIZCONDE.

INES. Pasad, vizconde, adelante,
VIZ. A vuestros pies, señorita.
INES. ¿Recibisteis mi esquelita?
VIZ. En efecto, hace un instante.
INES. Mucho siento incomodaros
VIZ. ¿Lo sentís? por Dios, señora;

el placer del que os adora
es solamente agradaros.
INES. Y á fé de Inés, sentiria
que el vizconde mi exigencia
tuviese por imprudencia.
VIZ. Siendo asi, os dispensaria.
Pero ya he dicho, señora,
que todo á vos pertenece,
el que la vida os ofrece
en prueba de que os adora.
INES. Vizconde, con tal fineza
que yo aprecio justamente,
quizás ofenda imprudente
tan noble delicadeza.
VIZ. No temais, Inés; repito
que toda mi vida es vuestra,
no puedo dar otra muestra...
INES. Ni yo tanta necesito.
Si es cierto que con ardor
me amais cual el labio dice,
no estrañareis me deslice
al hablaros de mi amor.
VIZ. Decid pues.
INES. Si yo intentàra
alguna prueba exijiros,
de ese amor...
VIZ. ¿Cómo deciros
que yo gustoso aceptára?
INES. En fin, ¿me jurais amar...
VIZ. Tanta duda, Inés, me ofende.
Cuando mi dicha depende
de vos, ¿lo podeis dudar?
INES. Oh! no por Dios, que ya fuera
demasiada rijidez,
si á tan injusta esquivez
cabida en mi pecho diera.
Huyan pronto los recelos
que el temor quiere oponer;
soy amante y he de hacer
mi gusto, pese á los cielos.
Tal vez mi esperanza ruda
haga que asi ofenda á Dios,
mas si tanto me amais vos,
la pasion vuestra me escuda.
Os invoco la clemencia
por si llego á propasarme,
que es muy justo perdonarme
al menos mi inesperiencia.
Mas sin temor ni rebozo,
porque amor mis pasos guia,
quiero, amigo, que este dia
tienda sus alas el gozo.
Asi, con toda mi alma,
y aunque ofenda mi pudor,
al mas verdadero amor
rindo, Vizconde, la palma.
Y puesto que à mi pasion
vuestra pasion corresponde,
os doy la mano, vizconde
y con ella el corazon.
VIZ. ¿Vuestra mano, Inés?... Oh! si,
yo acepto don tan precioso,
porque él me hará tan dichoso
como nunca merecí.
Y mientras que nuestra union
tanta dicha me asegura,
cautivo de esa hermosura
será mi fiel corazon.
INES. Yo tambien seré cautiva
de vuestro amor vehemente,
y os amará firmemente
mi corazon mientras viva.
Pero... ¿y á qué dilatar
momento tan deseado?
¿Por qué un amor tan sagrado
á mamá se ha de ocultar?
No, ya no mas detencion:
venid conmigo, vizconde.
VIZ. ¿Que vaya, Inés? ¿Pero á dónde?
INES. Venid á su habitacion.
Y postrados á sus pies,
la bendicion maternal...
VIZ. Pero qué? ¿Me hablais formal?
Reflexionad bella Inés...
INES. Vizconde, nada temais,
mamá será muy gustosa
cuando os dé mano de esposa
la que tanto idolatrais.
VIZ. ¿Pero habeis reflexionado?...
Mirad que asi... de repente...
INES. (Dios mio! ¡tan balbuciente
y há poco tan inspirado!)
Y bien, que decis, vizconde?
VIZ. Yo... Señorita, que...
INES. (Cielos!
¿serán ciertos mis recelos?)
Hablad por Dios. (No responde!
¡De mi la vista retira!...)
Oh! basta, basta traidor,
conozco que vuestro amor
solo ha sido una mentira.
VIZ. Señora!
INES. Sí, un vil engaño:
vuestro pàlido semblante
me revela lo bastante
para el fatal desengaño.
VIZ. Ah Señorita! por Dios...
INES. Si, vizconde, no quereis
que ese amor que encareceis
sepan otros que los dos?
No creais, señor vizconde,
que cual jóven inocente
esa pasion delincuente
á mis ojos se me esconde.
Y pues con velo de amor
forjásteis traidora liza,
eso mismo me autoriza
para llamaros traidor.
VIZ. Doña Inés!
INES. No me reporta
vuestro mirar altanero,
porque sois mal caballero
y mi honor es lo que importa.
Habriais dicho, esa necia
cual yo por amar delira,
ya no vizconde, es mentira

porque con rabia os desprecia.
Alejaos, caballero;
si en hablar me propasé,
fué solo porque juzgué
vuestro amor mas verdadero.
Viz. Señorita, yo confieso...
mas... no de mi rectitud...
Ines. Si, aprecio tanta virtud,
pero andad.
Viz. Los pies os beso.

ESCENA V.

Ines.

Vaya el infame en mal hora,
si atesora
esa menguada pasion,
para engañar torpemente
la inocente
que le abre su corazon.
¡Yo necia que le creia
y ofrecia
amarle con tanta fé!
Mal haya la negra estrella
cuya huella
guió traidora mi pié.
Dios supremo! Los acentos
y lamentos
no desoigas por su mal,
á la infeliz que á ti llega,
y te ruega
tu proteccion celestial.
Si ha preferido mi labio
un agravio
que te ha llegado á ofender,
perdónale cielo santo
por el llanto
de esta infelice muger.
Y si la odiosa mancilla
que me humilla
no calmára tu rigor,
sacrifique mi existencia
la obediencia
que debo al materno amor.

ESCENA VI.

Ines, Clara.

Ines. Ven, Clara, ven, á consolar mi pena;
deja que el llanto corra sin cesar,
pues que de oprobio y de vergüenza llena
solo sufrir me resta y sollozar.
Cla. Todo lo oí, y á mi pesar lanzando
los gritos que el corage me arrancó,
de mis justas querellas murmurando
nuestro umbral presuroso abandonó.
Ines. ¿Qué hacer, Dios mio! en el terrible trance
en que ese vil me ha hecho colocar?
No hay alma, no, cuyo valor alcance
para tanta desdicha soportar.
Hija indócil, jamás mi madre tierna
prodigarme querrá su dulce amor,
y condenada á desventura eterna
del infortunio sufriré el rigor.
Mi altiva frente perderá su orgullo
ante el hombre que ingrata desprecié,
y de la corte el sarcástico murmullo
ajando mi amor propio escucharé.
Dios mio! ¡qué vergüenza tan terrible!!...
Cla. Escuchad... viene gente...
Ines. Llegan... si.
Cla. (*Colocándose en la puerta del fondo.*)
Y es Don Alberto!
Ines. Cielos! es posible?
Déjame, Clara, y haz que venga aqui.

ESCENA VII.

Ines, Alberto y Clara, *que hablan antes de entrar.*

Alb. Si á quien busco es la Marquesa.
Cla. La Marquesa está en su cuarto,
ahí está mi señorita.
Esperad, daré recado
de que estais aqui. (*vase.*)
Alb. Muy bien:
aqui espero.
Ines. (Oh! que ingrato!
Ni aun le merezco un saludo!)
Alb. (Sino me habla, yo no la hablo.)
Ines. Buenos dias Don Alberto.
Alb. Muy felices.
Ines. Què, os espanto?
Alb. ¿Vos, Señora? No hay motivo.
Ines. O es que estais mal humorado?
Alb. Ni tampoco, señorita.
Cabalmente es al contrario,
hoy estoy de enhorabuena
Ines. ¿Y por qué?
Alb. Me han destinado
para Cónsul del Brasil.
Ines. De verdad?
Alb. ¿Y qué hay de raro?
Ines. Es verdad que nada, amigo;
nadie debe de estrañarlo
conociendo vuestras prendas.
¿No vemos que mas de cuatro
suben hoy desde la plebe
al puesto mas elevado?
Sin ir mas lejos, conozco
un cierto amigo...
Alb. Si? (Bravo!
ya la veo mas humilde:
probemos si con engaños
dándola celos consigo...)
Ines. ¿Y os vais pronto?
Alb. No urge tanto;
como arreglar antes pienso
un asunto, y celebrarlo
por espacio de unos dias...
Ines. Qué, pensais tomar estado?
Alb. Si, Señora.
Ines. ¿Y preguntábais

por mamá para ello acaso?
ALB. Ciertamente.
INES. Amigo mio!
No ahogueis en vuestro labio
las palabras que en los ojos
os estoy adivinando.
Me amais! ¿No es verdad, Alberto?
¿No es verdad que mis agravios
tierno amante y generoso
perdonais?
ALB. ¿Y á qué engañaros?
Perdonaros sí os perdono,
mas ya es imposible amarnos.
INES. Imposible, Don Alberto?
qué decis? Hablad, sed franco,
¿no sois dueño de vos mismo?
ALB. No lo soy, Inés; acabo
de aceptar y prometer...
INES. Basta, basta. (¡Cielo Santo!)
ALB. (Por mi vida que lo cree
y voy mi objeto logrando.)
¿No habeis dicho, señorita,
que era alzarme demasiado
al pretender vuestro amor?
Siendo asi, ¿es algo estraño
que disponga libremente
de mi amor y de mi manó?
INES. Oh! Callad, callad por Dios,
me avergüenzo al escucharos.
ALB. Bella Inés, aunque ofendido
torpemente, nunca guardo
pensamientos de venganza,
con vos menos, al contrario
bien quisiera daros prueba
de lo mucho que aun os amo,
pero ya mi juramento
imposible es quebrantarlo.
INES. Imposible!... Pero Alberto,
¿no dijisteis hace un rato
que ibais á hablar á mamá
para pedirla mi mano?
ALB. No Señora; mi pobreza
jamás se atreviera á tanto:
vine solo á encarecerla,
un favor que me há encargado
mi futura la suplique,
y es que tenga á bien honrarnos
si quiere ser la madrina.
INES. (¡Qué esto escuche de su labio!)
CLA. (*sale.*) Caballero, mi Señora
la Marquesa está esperando.
ALB. Al instante voy: Inés,
vuestras órdenes aguardo.
INES. Sois muy dueño, Don Alberto,
id con Dios
ALB. Con él quedaos.

ESCENA VIII.

INES.

¿Habrá alguna criatura
mas desgraciada que yo?
¿Puede haber mas desventura?
¿Aun cabe mas amargura
que la que he apurado?... No.
Dos veces ya avergonzada,
despreciada, escarnecida,
¿qué me importa, desdichada!
que la muerte despiadada
corte el hilo de mi vida?
¿Qué importa ya, si este mundo
solo abrojos me presenta,
y en un lodazal inmundo
este pesar tan profundo
he de ocultar con mi afrenta?
Es dulce mirar las flores
por el céfiro mecidas,
y triste si sus olores
con sus hojas de colores
van por el aura perdidas.
Dulce es vivir esperando
con deleitosa confianza,
y es triste la vida, cuando
se vá ingrata deslizando
la pasajera esperanza.
Pobre Inés! ¿dó se perdieron
tus ilusiones de gloria?
¿Dónde, infeliz? ¿Qué se hicieron?
Sin duda que sueños fueron
y están solo en la memoria.
Mas no ha de decirse, no,
en mengua de la muger,
que á los hombres se humilló
la que á tantos despreció:
yo sabré lo que he de hacer.
Pues que ambos con falso amor
mi fé han querido burlar,
por orgullo... ó por rencor,
aunque me cause rubor
con Don Blas me he de casar:
Su vejez y su rareza
me serán insoportables,
pero en cambio, su riqueza
confundirá la pobreza
de esos necios miserables.

ESCENA IX.

INES, LA MARQUESA. *Sin advertirlo Inés, se acerca luego Don Alberto.*

INES. Perdon, mamá!
MARQ. Hija mia!
Por Dios, levanta del suelo;
no perturbes la alegria
que se complace este dia
en prodigarnos el cielo.
INES. Si indómita fuí contigo
todas mis culpas perdona;
pongo el cielo por testigo
de que á serte fiel me obligo,
y mi conciencia lo abona.
MARQ. Hoy estoy muy generosa
y no te atormento mas,
porque en estremo gozosa,

me dispongo á ser la esposa
del que desprecias.
INES. Don Blas?
(Dios mio! ¿Estaré durmiendo?)
¿Tú esposo Don Blas?
MARQ. Sí, Inés.
¿Te asombra? ¿Qué estraño és?
Yo voy cincuenta cumpliendo,
y él cumplió cincuenta y tres.
El me quiere, yo le quiero;
él mi título desea,
yo lo mismo su dinero,
y pues que es tan caballero
¿no es bien que mi esposo sea?
INES. Es cierto, pero por Dios
que de verdad me sorprendo:
¡estar mi fé tu vendiendo!
Cielos! ¡casarse los dos!
MARQ. Pero hija, ¿qué estás diciendo?
¿Pensabas quizá enlazarte
con él?
INES. Por obedecerte.
MARQ. ¿De veras?
INES. ¿A qué engañarte?
MARQ. Eso... jamás, ¿yo casarte
á la fuerza? Antes la muerte.
Pues y ese incógnito amigo?
INES. No me lo mientes, mamá;
un error fué; mas no digo
que á repararle me obligo:
tu hija tu esclava será.
MARQ. ¿Con que ya no le amas?
INES. No.
MARQ. ¿Y se lo dijiste?
INES. Si,
MARQ. ¿No me has dicho...
INES. Lo creí,
pero el traidor me mintió
y su infamia destruí.
MARQ. ¿Con que estas vengada?
INES. Estoy,
pues con rabia le insulté.
MARQ. (¡Ya mi deseo logré!)
INES. Mamá... pues culpable soy,
perdon te pido.
MARQ. Alzaté.
Desecha esos pensamientos
y esa pesada tristura,
que acibára mi ventura:
destierra ya los tormentos
que marchitan tu hermosura.
Y si tras tanto llorar
y tras de martirio tanto,
quieres por siempre ahuyentar
ese angustioso penar
que te arranca amargo llanto.
¿Prometes ser fiel á todo
cuanto justo yo te imponga,
cumpliendo lo que disponga
sin faltar de ningun modo
siempre que un mal no proponga?
INES. Aunque arranques en pedazos
mi corazon...
MARQ. No por cierto:
y solo quiero... dos abrazos
y que te estrechen los lazos
de tu esposo Don Alberto.
INES. Alberto!
ALB. Inés!
INES. Es decir...
ALB. Perdon si supe engañaros:
¿cómo habia de olvidaros
quien no pudiera vivir
una hora sin amaros?
INES. ¿Y perdon me demandais
cuando yo pedirle debo,
porque aun á alzar no me atrevo
mis ojos á donde estais?
ALB. No, Inesita, no temais,
que en ese rostro contemplo
tus amargos padeceres,
y olvido cuanto quisieres,
con tal que con este ejemplo
escarmienten las mujeres.

FIN DE LA COMEDIA.

Madrid, 1846.
Imprenta de D. Vicente de Lalama,
Calle del Duque de Alba, n. 13.